Por Giovanna Rivero

LA RISA TRANSLÚCIDA

Al comenzar a escribir este recuento de una relación de la que no siempre puedo acordarme –mi relación con la locura de Don Quijote–, me estremece la certeza de que escribir, decidir o aceptar ser escritora, es aventurarse contra todos los molinos de viento, hacer mucho el ridículo y, sobre todo, conquistar cada día esa ínsula imposible y magnífica que se desplaza siempre más allá.

Hace muchísimos años, cuando ya había devorado con la gula de una termita los pocos libros de cuentos, biografías y novelas de la única estantería de la casa de mis padres –libros que gradualmente, por una magia opaca que alargaba las caras y cubría los muebles de susto o nerviosismo, fueron reemplazados por tratados de termodinámica y códigos de álgebra (papá escribía una tesis interminable en ingeniería industrial)–, y ante el horror de una vacación escolar que apenas comenzaba, decidieron enviarme a pasar esas semanas infinitas previas a la Navidad en la casa de mis abuelos maternos, muy cerca del río Mamoré. Yo no era muy cercana a mi abuela materna; nos separaba tanto la distancia geográfica como un cierto aire de alcurnia que ella cultivaba –y que mi padre, de ambiciones izquierdistas, llamaba «burgués» y mi madre, loca de clóset, «elegancia»–.

Dolores Gil, que así se llamaba mi abuela, era profesora escolar y se sentía orgullosa de esa profesión que pocas mujeres de su generación, en esa parte de Bolivia, habían podido desarrollar. Los primeros días de mi visita, Dolores me enseñó a escribir cartas fechadas –por eso recuerdo hasta hoy el año de aquellos días de asombro y dictadura: 1979–. Pero después de unas diez cartas en que les deseaba a mis tíos que ojalá se encontraran «bien de salud al recibo de esta misiva» y luego pasaba a contarles aventuras fascinantes que no había vivido porque Dolores controlaba cada uno de mis movimientos, un enorme tedio de verano comenzó a agrietar las mañanas. Entonces, Dolores, por lo general ensi-

mismada o abducida por preocupaciones que yo estaba lejos de calcular, supo que yo tenía hambre de ficción.

Una noche, la única noche que ella me permitió quedarme despierta después de las nueve, pues acabábamos de regresar del cementerio de celebrar el día de Todos Santos, nos sentamos en la vereda de su casa y sintonizamos la radio. El programa que ella escuchaba antes de su radionovela era «La ínsula de Barataria», pero esa noche ni el melodrama ni la ínsula iban a ser emitidos. Las ondas vacías del éter avanzaban como un reptil por la noche húmeda y te emponzoñaban el corazón. Un vecino dijo que le habían dicho: «en las minas les están tajando lápices en los oídos». Mi abuela me señaló con la barbilla y dijo que era mejor no serenarnos. «El sereno esponja los sesos», dijo, y nos refugiamos en la cocina.

Mientras ella tomaba su café negrísimo y amargo en una diminuta taza de porcelana, ese café venenoso que terminó secándole el estómago, abrió su boca perfecta y dijo: «¿Querés escuchar la vida de *Simbad el Marino*?». Y, claro, yo quise. Y fue así como esa noche y todas las que se sucedieron en mi inédita vacación, Dolores despertó monstruos y encendió lámparas y sacudió alfombras y se detuvo en la curvatura de magníficos camellos y en la piel rugosa de elefantes azules y bisbiseó con serpientes que yo intuí prohibidas y extendió hasta las lejanas estrellas los cabellos de las doncellas y abundó en pepitas de oro y colmillos de diamantes y llevó a los que amaba –porque ella amaba a esos personajes– hasta el borde mismo de la muerte. Comencé a amar a mi abuela y a comprender que esa alcurnia espiritual que ella profesaba era un deseo legítimo de elevarse sobre las cosas perecederas, una forma de vencer el miedo y la rabia matizada que aparecía en las conversaciones de los grandes, un modo de atravesar la opacidad de sus limitaciones materiales y hacer de su vida, de los días rutinarios de su vida, una travesía.

Al volver a mi existencia natural, contenida por los modales más rurales de mi abuela paterna, la sensación de que el mundo podía desdoblarse si se usaban las palabras correctas –el abracadabra de una imaginación capaz de violentar el aburrimiento más persistente– me llenó de incomodidad. Ni siquiera cuando llegó la adolescencia con todo su vendaval de hormonas sentí esa desgarradura que el viaje a la casa del Mamoré me había hendido por dentro, una vulva honda que se alistaba para parir, sólo Dios sabía cuándo, las criaturas que Dolores había dejado allí, como una semilla mala y preciosa.

Fue por ese costado genealógico, dignísimo Don Miguel de Cervantes, que, en la cúspide de mi primera juventud, en esa pequeña colina irrepetible, comencé a interesarme por las obras de tu imaginación. Y hoy, a los pocos meses de andadura de este 2016, inquieta quizás por el eclipse solar que ha ocurrido en las trascendentales aguas de piscis, pienso que esa «corona de fuego» que emana de la redondez de la luna se parece mucho a nuestra relación, a mi relación creativa o cultural o existencial con tu obra.

Distraída por la literatura popular –nunca lo he negado–, durante mi pubertad perdí o rompí la hebra dorada que Dolores había tendido entre nosotras y con la que secretamente había anudado mi alma y la había preparado para otras alturas. Adicta ya al papel de pulpa porosa de las historietas, mis sueños diurnos se poblaron de viajeros inmortales y batallas sangrientas en los campos de Macedonia, de boxeadores frustrados y detectives sicilianos en pos de una *vendetta*. Yo no sabía que también esos satélites de ficción orbitaban humildemente en tu galaxia. Ellos eran apenas la «corona de fuego» de una lumbre vehemente que al mínimo contacto inflamaba todo.

Cuando, en efecto, yo también entré en contacto con esa flama –tu flama– supe que la multiplicación era no sólo una brillante treta matemática, sino un verdadero milagro por el cual la realidad –sus objetos fácticos o impalpables– se desdoblan en todas sus posibilidades. Te confieso, dignísimo caballero, que una de mis críticas literarias a la *Biblia* apunta justamente a ese pasaje en que Jesucristo sacia el hambre de tantos olvidados y desesperados repartiendo una escueta cantidad de panes y peces que, sin embargo, alcanza para toda aquella multitud. El facilismo del recurso de la fe le impide al cronista indagar, arriesgarse a entender o narrar el mecanismo creativo de tal milagro. ¿Es el hambre lo que al fragmentar los panes recupera y actualiza en cada uno de sus pedazos la plenitud de sus nutrientes? ¿Es la materia que se abre, una y otra vez, en el momento en que una nueva mano, una nueva energía, la palpa y la transforma? ¿O es acaso un pacto de locura que se activa en el justo instante en que la voz del mago propone: «alcanzará»? En cualquier caso, es un milagro.

Y esta fue la certeza bienaventurada que me nació en el corazón cuando por fin me decidí a tomar, del cajón más alto del ropero de Dolores, el libro viejo y de páginas de seda que ella atesoraba entre sus poquitas joyas. Lo guardaba, en realidad, no porque considerara o supiera que aquel mamotreto era piedra

fundamental de la literatura española –que lo sabía–, sino porque había sido un regalo de su marido, mi abuelo Sergio, también profesor escolar y periodista eventual, y con el que él, de una condición social más humilde, había querido hacerse digno a sus ojos.

Mis abuelos ya se habían mudado a una ciudad cercana a la nuestra, urgidos por el cáncer de estómago que Dolores soportó como sólo los mártires de los libros de la noche oscura del alma pueden hacerlo. Y esta vez fui yo quien apretó el nudo de la hebra dorada. Para entonces ya tenía diecinueve años –y ya dije que, superando el asco natural a los libros gordos y de papel transparente, que mis amigos usaban para armar pitillos de marihuana, había tomado el libro y había aspirado, como primer rendimiento de mis trincheras pop, el olor del moho dulcísimo que el ropero de roble impregnaba en sus objetos–.

De inmediato me sentí espejada en la compulsión lectora de ese personaje ridículo que respiraba con sus flacos pulmones desde la primera página. Todas las veces que mi padre, preocupado por mis magras habilidades sociales, me había exigido alejarme de los libros –adicción maldita que seguramente encubría una anomalía más grave– para integrarme al mundo como correspondía, había inoculado la sospecha, en realidad no del todo injustificada, de que la ficción y sus avatares pueden enajenarte, poseerte, exorcizar la pobre lógica de la realidad y dejarte atribulado de voces. Sí, voces, «la enfermedad de las voces». Eso fue lo que, a medida que avanzaba en la lectura del mamotreto de páginas de seda, se fue afirmando en mí, primero como una angustia, luego como una liberación.

Cada vez que el valeroso Don Quijote se daba ánimos a sí mismo para acometer contra sus colosales enemigos, su ánima se le adelantaba en las palabras. Bastaba con que dijera «yo sé quién soy y sé que puedo ser los Doce Pares de Francia» para que los valerosos huesos obedecieran y penetraran en el volumen, el fondo, el espesor, la apariencia y la sustancia de las cosas. O bastaba que su oído desquiciado escuchara voces para que el caballero andante interpelara con auténticos bríos al peregrino. Y aunque el texto atestiguaba la existencia efectiva de esos otros caminantes, a mí me quedaba la sensación de que había sido la voz, su intervención invisible, pero imborrable como un sello de agua, la que había insuflado vida en esos seres que de otro modo serían meros fantasmas. Dar voz, hacer de la voz un instinto, era eso lo que me estremecía.

Y es que ese año coincidió en mi vida que tanto la escritura como la enfermedad habían desembarcado todos sus avatares en lo que hoy puedo llamar sin pudor «subjetividad», pero que entonces, con diecinueve, me parecía lógico llamar «personalidad». Sí, mi personalidad comenzaba a tensarse con dolor por esas dos fuerzas en apariencia contrarias. El cáncer de Dolores le había comido toda la grasa, aunque había tenido piedad con su cara de rasgos pequeños y mejillas altas, y extrañamente le devolvía a una infancia alucinada. Dolores no quería dormir sola, temía que la muerte aprovechara su soledad para llevársela. Había que sostenerle la mano, acompañando su conversación incoherente, respondiéndole hasta que el sueño la vencía y, quizás, la preparaba para el viaje total. «Necesito voces», decía Dolores cuando regresaba de la inconciencia aletargada de la morfina. Entonces mi madre, maravillosa loca de clóset, tomaba la posta e inventaba para su madre un pasado de abundancia y auténtica nobleza. Sentada yo a los pies de la cama, me iba rindiendo a esa mentira preciosa, encandilada por el fantástico poder de mi madre, un poder que no le conocía, pues en mi propia infancia ella había preferido domesticarme con canciones, a cuya interpretación se entregaba como en una verdadera Carmina Burana. Sin embargo, para acunar esa última infancia de su madre había buscado de entre sus lecturas desiguales los relatos que dibujaran una tierra prometida, un pasado prometido que mi abuela sólo había podido atisbar, última testigo de la caída material de su padre, un hacendado del Oriente Boliviano que perdió en los juegos de apuestas hasta la última cabeza de ganado. A Dolores le brillaban febriles los ojos y casi sonreía cuando mamá recitaba: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha».

En mis turnos, con la mano huesuda de Dolores entre mis manos y su aroma a amapolas químicas flotando en toda la pieza, comencé contándole las mismas aventuras de *Simbad el Marino* que ella me había regalado cuando Bolivia se desplomaba. Pronto me di cuenta de que esa devolución era injusta, o por lo menos fácil. Debía acompañar a mi abuela en la batalla íntima de su agonía con una imaginación fresca, abrirle una puerta con mi propia llave, darle también algo de mí. Era hora de amasar y multiplicar lo poco que sabía. Hora del milagro.

Repetí, primero con timidez, luego mecida en la alegría natural de la ronda, el fragmento que mamá recitaba como si ella lo

hubiera creado: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero ¡don Quijote de la Mancha!». Dolores volvía a sonreír. Mi voz se encendía ensayando nuevos tonos. Graves, agudos, ridículos, libremente impostados. Tomé el mamotreto y leí con esas voces recién estrenadas los entuertos, duelos, derrotas, penurias y victorias del caballero andante. Cómo le gustaba a Dolores la verborrea del héroe. Cómo se estremecía ante la posibilidad no del todo despreciable de regresar, igual que el rey Arturo, convertida en un hermoso cuervo. Cómo le invadía esa felicidad hecha de ecos ya imposibles, de palabras anacrónicas perdidas en el cilindro del tiempo. «Fermosura», por ejemplo. Cuando pedía orar, usaba esa palabra antigua para hablarle a la Virgen. «Oh, señora de mi alma, flor de la *fermosura*, no me abandones». Estaba segura de que se desgajaba del latín y, por ello, era aún más verdadera, más cercana a la semilla de todos los sonidos que ella había usado para enseñar y para crear vidas paralelas. No sabía que ella misma era la semilla. La buena y la mala.

Mi abuela materna murió una madrugada. El día anterior a su muerte, mientras mamá y yo alistábamos la piscina de plástico en la que le dábamos largos baños, escuchamos su risa rebotando cristalina en las ventanas de la casa como dentro de una campana. Corrimos a verla, pues el médico había advertido que el cambio en la dosis de morfina tenía efectos secundarios de lo más variopintos. Dolores dormía. No recuerdo ahora si regresó de aquel sueño, pero todavía guardo en la memoria de mis dedos el tacto de su pelo oscuro, brillante, lo poco de ella que se negaba a morir. Acaricié concentradamente su cabeza hasta irritarme los dedos con las hebras. Mamá estaba tan asustada por la inminencia del final que no hizo el intento de hablar, de preguntarme o preguntarse qué había sido todo eso. O quizás había aceptado como una transición natural, un primer desprendimiento, que el ectoplasma de la voz se separara definitivamente del cuerpo enfermo. La voz era el espíritu.

A mi abuela materna, dignísimo don Miguel de Cervantes, no le alcanzó la vida para conocer a mi hermano menor, mi hermano enfermo. Enfermo de voces y de imaginación. Tomado por una sensibilidad brillante que lo expulsa del mundo y lo atrapa en un delirio imparable y sobrecogedor, poblado de gigantes que sólo él puede ver. Por suerte, digo, Dolores no pudo conocer el flanco terrible de la fantasía, del hambre compulsiva de ficción.

Todo este pequeño laberinto biográfico me hace pensar que la escritura está inexorablemente ligada a la locura. De un modo u otro, el que osa dar voz a un ente antes informe tiene que estar algo «falto de juicio» y pleno de «encantamientos», como bien decís.

A modo de coincidencia: hace unos años, justo en Alcalá de Henares, donde era huésped de una residencia de escritores en aquel mítico castillo, una gitana miró la palma de mi mano. «¿Eres psíquica o qué?», preguntó fingiendo espanto. Me encogí de hombros. «Tú ves gente que no existe», dijo, riéndose bajito, con ese cinismo dulce de los gitanos. «Soy escritora», respondí, justificando más bien mi presencia en ese lugar. Sí, soy escritora y siembro voces en criaturas que no existen. La gitana se alejó con su risa translúcida hasta que desapareció por esas calles tan perfectamente empedradas. «Soy escritora», me repetí, solita ya. Tenía como prueba de la pregunta y de la realidad de mi respuesta el ramito de laurel que ella me había vendido ¡por diez euros! Y supe que si alguien me preguntaba de dónde provenía ese deseo absurdo, diría que de Dolores y de antes de Dolores, de las voces que le llenaron la cabeza de un pasado deslumbrante y aventurero y que latían y despertaban, generación tras generación, no siempre de mala manera, no siempre de buena manera.